



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 33 — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

2 SETIEMBRE 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

SUMARIO.—Explicación de los grabados, por Joaquina Ialmaseda.—Vestido para jovencita.—Traje para teatro ó casino.—Vestido para paseo y visitas.—Sombrero Toque para niña.—Sombrero de paja de Italia para niña.—Vestido guarnecido de bieses bordados para señorita.—Orbata de cinta adornada con una flor de malla.—Vestido elegante para señora jóven.—Los sombreros de entiempo para señora.—Sombrero Catalina.—Sombrero Rosalinda.—Traje de visitas.—Vestido con cuerpo de aldetas y túnica.—Vestidos para niña.—Dos paletots para niña.—Vestido princesa con la espalda plegada para señorita.

Miton de malla bordada.—Roseta de crochet y trencilla para colchas.—Medias de punto de aguja para niño.—Dos puntillas de encaje de palillos.—Canastilla para los papeles con cenefa bordada.—LITRATURA: Miss María Carpenter, por Pedro Armongol.—Redencion, poesía, por J. A. Camacho, poesía, por P. Sañudo Autran.—Las glorias de Castilla, por Sofia Tartilan.—El Balsamo de las penas por Angela Grassi.—Charada.—Economía doméstica.—Explicación del figurin 1.327.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 A 3 Y 17. TRAJES DE PASEO Y DE TEATRO Ó CASINO.

1. *Vestido para jovencita.*—Falda y túnica princesa de lanilla á rayas, guarnecidas con plisés de la misma tela y bieses lisos de lana azul claro. Los delanteros de la túnica van drapeados al través por 8 ó 10 pliegues de 4 cents. de profundidad, terminando por delante á la altura de la abertura y sujetos del centro con lazos de muchas lazadas de cinta estrecha. El paño, al hilo, circuido de un biés, se recoge ligeramente en el costado bajo un lazo. Mangas muy estrechas adornadas de bieses y plisés.

2 y 17. *Traje para teatro ó casino.*—Este traje, ricamente guarnecido de lazos de cinta, fleco y encaje, es de granadina de seda gris claro combinada con tafetan del mismo color. El cuerpo, de aldetas, puede cortarse por uno de los modelos recibidos. Las costuras de los paños no se hacen de arriba á abajo, sino que quedan abiertas sobre 34 cents. de altura, á partir del dobladillo, cuya abertura se oculta con lazos y encajes. El paño de atrás, bastante largo, se recoge de un costado en dos ó tres lazadas, del otro lado con algunos pliegues ó tablas, en el centro va algo levantado y sujeto con algunas puntadas. El adorno sube sobre este paño hasta 45 centímetros de altura. Los lazos son de cinta de raso de tres colores, rosa, azul oscuro y blanco. Los encajes y el fleco tienen cerca de 7 cents. de altura. La falda, de tafetan, se guarnece con un volante montado en gruesas tablas de 15 centímetros de altura y un plisé fino de granadina.

3. *Traje para paseo y visita.*—Vestido princesa de lana oscura con cola no muy extensa, guarnecido con dos plisés y dos tiras bordadas formando patas que caen sobre el plisé respectivo: la de arriba va montada con cabeza y sujeta con muchos órdenes de pespuntos. El paletot que completa el traje está adornado con plisés dispuestos en tirantes, que rodean el escote y descienden hasta abajo en ambos delanteros. En el grabado se ve la manera de recoger la cola por medio de una presilla y un boton colocado sobre el bolsillo.

4 Y 5. SOMBREROS PARA NIÑOS.

4. *Sombrero Toque, de paja inglesa.*—El borde, de 5



1 A 3. TRAJES DE PASEO Y CASINO.

1. Vestido para jovencita

2. Traje para teatro ó casino.

3. Traje para paseo.

centímetros de ancho, va cubierto de terciopelo negro. Una cinta de reps de 6 cents. de ancho, plegada sobre 4 centímetros, se rodea al fondo como indica el modelo, y forma un lazo; sprit de colores vivos en el costado.

5. *Sombrero de paja de Italia.*—Una cinta blanca de dos caras, raso y reps, de 6 cents. de ancho rodea el fondo, forma un lazo por delante y termina atrás con una larga lazada: una roseta de cinta desfleada y una ruche estrecha debajo del borde completa su adorno.

6. VESTIDO GUARNECIDO DE BIESES BORDADOS.

Un fichú blanco de encaje y un sombrero de paja de Italia sirven de precioso complemento á un traje de paseo para señorita. El vestido corto ó con cola muy poco pronunciada, es de céfiro blanco mate-guarnecido con dos volantes plisés y un biés bordado á máquina. La túnica, que lleva el mismo adorno, cierra por delante bajo el plaston, la doble hilera de botones constituye el adorno. Los paños de atrás y de los costados se pegan ligeramente fruncidos al plaston adornados de lazos de cinta, en su union con el paño de atrás.

7. CORBATA DE CINTA ADORNADA CON UNA FLOR DE MALLA.

La corbata es de cinta de seda brochada del color que más agrade, y el pensamiento prendido en el lazo está hecho de malla con algodón de dos gruesos blanco y luego teñido con sus colores naturales. Es una novedad que se admira en uno de los escaparates de la Exposición de París, y creemos que en breve estas lindísimas flores adornarán los sombreros, los vestidos y el peinado.

8 Y 9. VESTIDO ELEGANTE PARA SEÑORITA.

El núm. 8 le representa visto de frente y guarnecido con puntillas. El cuerpo-paletot tiene 68 cents. de ancho delante, 75 atrás y cierra sobre el costado. El delantero que cruza, se corta de forma que resulten cuatro patas á la distancia de 8 cents. cada una, cuyos intervalos, como asimismo todo alrededor del cuerpo-paletot, se guarnece con dos plisés de encaje. El mismo adorno realza el delantero de la túnica. El grabado núm. 8 muestra la túnica por delante drapeada sobre la falda, y el núm. 9 la disposición de los paños de atrás. Un volante tableado de 22 cents. de altura guarnece la falda; la hechura del cuello-fichú y las mangas se comprenden perfectamente examinando ambos grabados.

10 Y 11. ROSETA PARA CUBIERTA DE CAMA Ó CUNA, VELO DE BUTACA, ETC. Crochet y trencilla.

Se empieza la roseta por la estrella octógona del centro haciendo un círculo de 6 puntos en el aire; 8 hojitas separadas por 5 pts. en el aire, las cuales consisten, ex-

ceptuando la primera, en 3 dobles bridas cogidas con un pto. en el aire. En la primera hojita 4 pts. en el aire reemplazan la primera doble brida. Para cada uno de los 8 grupos colocados alrededor de la estrella del centro, se hace con un pto. d. en el pto. en el aire de un círculo que empieza, una estrella, un pto. d. en el picot de la trencilla, 5 en el aire, una hojita de 3 bridas cogidas con un pto. en el aire; otras dos hojitas formadas con 3 dobles bridas y separadas por 2 pts. en el aire, pasando dos picots de la trencilla. Entonces se empieza la hojita del centro, que pasando 3 picots, abraza los dos siguientes. La segunda mitad del dibujo se ejecuta en sentido opuesto. Cada hojita se une á la otra con un pto. d. En cuanto á los piquitos de puntos en el aire, y la reunion de los grupos separados, el grabado indica suficientemente el modo de ejecutarlos. La roseta pequeña es igual á la grande con una vuelta de pts. en el aire, alternando 5 y 16 pts. en el aire que se fijan con un punto doble.

12 Y 13. DOS SOMBREROS DE ENTRETIMIENTO.

12. *Sombrero CATALINA.*—El fondo blanco bullonado tiene 7 cents. de altura, y se guarnece con un biés de raso amarillo mate, de 19 cents. de ancho que se une bajo un lazo de tela. Debajo del biés se fijan dos plumas blancas. El borde doble de 5 cents. de ancho, se cubre del mismo raso que el biés; guirnalda de igual color realzándola una rosa blanca.

13. *Sombrero ROSALINDA.*—Es de paja blanca y tiene la forma de una capota sencilla, con ancho borde levantado atrás en el centro y adornado con un lazo de trencilla de oro. La cinta de los lazos es de raso blanco, de 8 centímetros de ancho. El adorno termina con bridas que se anudan debajo de la barba.

14 Y 15. DOS PUNTILLAS DE ENCAJE DE PALILLOS.

14. *Puntilla y dibujo para picar con onda de color.*—Emplea 19 palillos. Hilo de encaje del núm. 25 é hilo del núm. 5. Se emplean 16 palillos para el hilo fino y 3 para el grueso, sea blanco ó de color, como indica el modelo. Se empieza por la segunda mitad de la figura, trabajándola á punto de blonda.

15. *Puntilla á punto de tejido.*—16 palillos é hilo del núm. 25. La direccion del hilo de esta sencillísima labor está marcada en el grabado, limitándonos nosotros á indicar las cifras exactas, y añadiendo que se necesitan 8 palillos para el punto sencillo, 4 á la izquierda se emplearán para la onda, á punto de tejido, y los dos exteriores á la derecha para el trenzado de la cenefa á punto cruzado.

16. TRAJE DE PASEO.

El vestido se compone de tafetan azul oscuro y granadina brochada gris; el cuerpo, con chaleco, está adornado con solapas de seda de 6 cents. de ancho. Estas últimas continúan como adorno todo alrededor del cuerpo hasta las partes de la espalda, montadas á dobles tablas. La falda, azul, guarnecida con volantes plisés, se completa con una túnica de granadina, cuyo paño de delante se pliega al través y se añade liso al adorno de seda.

El paño de atrás, al hilo, se recoge dos veces en el centro. Lazos azules y blancos de cinta doble y un encaje ó un bordado en blanco completan su adorno.

17. VESTIDO CON CUERPO DE ALDETS Y TÚNICA.

El adorno de este vestido de barege gris claro ó tafetan, consiste en un encaje coquillé y un fleco de 8 cents. de altura. El cuerpo, de aldetas, lleva por delante un biés de seda azul y lazos de cinta asargada azul y amarillo de 2 cents. de ancho. El delantero de la túnica se compone de dos paños negados, el uno liso y el otro recogido con pliegues, que reducen bastante su largo. El paño de atrás, al hilo, montado á gruesas tablas á la cintura, se frunce en los costados. Dos volantes plisés de 6 cents. de altura guarnecen la falda.

18. TRAJE PARA NIÑA.

El vestido princesa es de lana con plaston guarnecido con plisé y bieses. Completa el traje sombrero de paja blanca con borde ondulado y adornado de ruches de seda blanca desflecada.

19 Y 20. VESTIDO ESCOTADO PARA NIÑA DE 3 Á 4 AÑOS.

La manguita consiste en una tira de 2 cents. de anchura. La falda, tableada, tiene 31 cents. de largo y 216 de vuelo, montándose al cuerpo. La echarpe, sujeta en los costados con patas, es una tira de 18 cents. de ancho por

160 de largo, reducida á 4 cents. por medio de los pliegues. El grab. 19 representa por detrás este lindo vestido y el 20 por delante.

El plaston tiene 11 cents. de ancho en la cintura y 14 en el escote, componiéndose de entredoses bordados, puntillas y tiras con un plisé muy fino, terminadas por entredoses. Un valenciennes de 4 cents. y una cenefa bordada rodean la manga y el bajo del vestido, en donde se vé tambien un entredós bordado sujeto con plieguecitos. Pantilla en el escote y echarpe de raso rosa. El número 20, que como hemos dicho, le representa por delante, es de piqué blanco guarnecido con entredoses bordados á la cruz con azul claro y plisés de la tela.

21 Y 22. PALETOT PARA NIÑA.

Es á propósito para llevarse de noche sobre un vestido escotado. Se hace de piqué ó cachemir guarnecido de entredoses calados y cenefas bordadas, que se pueden reemplazar por una puntilla de encaje de palillos. La parte plegada que completa la espalda tiene 11 cents. de altura por 54 de ancho; las carteras de los bolsillos 5 cents., y los bolsillos 11 cents. por 8 de ancho.

23 Y 24. DOS TRAJES PARA SEÑORITA.

23. *Vestido princesa con la espalda plegada.*—El delantero y los costados de nuestro modelo, que es en oxford escocés encarnado, azul oscuro y blanco, tienen la forma princesa, pudiendo cerrar al través ó recto. La espalda en el largo de un cuerpo de aldetas se completa con una parte de la falda, 116 y 120 cents. de vuelo, montada á una cintura.

El cuerpo va plegado en el centro, y es preciso darle la tela necesaria para los pliegues. El adorno consiste en vivos azul claro y oscuro, plisés y bieses.

24.—Es de dos telas de colores opuestos; lana ó percal. Un plisé y dos bieses guarnecen la falda redonda. Al cortar la túnica, debe tenerse presente que los delanteros no llevan pinzas de pecho y son de un solo pedazo. Los delanteros cerrados á $\frac{3}{4}$ cents. del largo por botones y ojales, van recogidos sobre el costado y retirados hácia atrás con cintas. Bieses oscuros constituyen su adorno.

25 Y 26. MITON DE PUNTO DE AGUJA Y CROCHET.

Se hace de lana ó seda, como se quiera, trabajada en redondo á punto de aguja, con 84 puntos montados para el bajo y terminada con una puntilla añadida de crochet.

El grab. 26, de tamaño natural, basta para que comprendan su ejecucion las señoras versadas en esta clase de labores.

27 Y 28. MEDIAS DE PUNTO DE AGUJA PARA NIÑO.

El grab. 23, de tamaño natural, muestra claramente el modo de ejecutar esta preciosa labor que se borda después á punto de cruz con seda ó algodón de color.

29 Á 30. CANASTILLA PARA LOS PAPELES.

El modelo de la cenefa bordado sobre cañamazo y representado de tamaño natural en el grab. 30, lo mismo puede servir para toallas, manteles y servilletas. Es una imitacion del bordado antiguo, y se ejecuta á punto de cruz perpendicular sin revés ni derecho; debiendo tener presente que los puntos de través siguen exactamente la direccion del hilo del tejido que oculta el hilo del bordado. Lo que más contribuye á que produzca buen efecto, es la regularidad de las líneas de los diferentes colores bien opuestos, como encarnado y azul, blanco y amarillo, blanco y azul. La cenefa de nuestra canastilla, sacada de una toalla antigua, está bordada sobre cañamazo de hilo con algodón azul y encarnado.

JOAQUINA BALMASADA.



MISS MARÍA CARPENTER.

Pocos sabrán en España quién era esta mujer ilustre y cuya muerte es hoy casi un luto nacional en Inglaterra; pocos sabrán que cual sucedió con la muerte de Sor Rosalia, se hayan contado á miles los que han vertido lágrima

mas sobre su ataúd y acompañado su cadáver hasta el modesto sepulcro; pocos sabrán que la beneficencia ha perdido un gran adalid y las ciencias sociales un elemento poderoso, activo, ilustrado. El escribir estas líneas no es pagar un tributo de justicia y de amistad, es prestar un homenaje de respeto y admiracion á esta dama que tal vez mejor que madame de Sevigné, podía pintar en su escudo una golondrina con este lema—*El frío me echó de casa*;— porque María Carpenter, solo vivía y solo suspiraba por hallarse en los centros donde su amor al bien podía multiplicarse, y su corazon comunicarse con seres que necesitaban calor, vida, proteccion.

Además, estamos tan hartos de leer episodios detallados de crímenes, de intrigas y de celebridades que expian su vida en el patíbulo, cébanse tanto la generalidad de los periódicos en referir con minuciosidad los azares del delito, propagando así, y sin querer, una enseñanza altamente peligrosa, que bien se necesita de cuando en cuando conocer, siquiera á grandes rasgos, en ligero boceto, alguna de estas figuras que forman contraste, cuyas líneas causan impresion, cuya silueta parece quedar grabada en el alma; y sin duda una de ellas es la mujer cuyo nombre va escrito como epígrafe en estos renglones.

En 1806, y en Bristol, vió la luz primera María Carpenter, hija de un pastor de la secta Unitaria, maestro de escuela de dicha ciudad, y hermana del actual archivero de la Universidad de Londres; y á la verdad no en vano la adormecieron en su cuna los cantos de los asistentes á la escuela, ni dejaron de grabarse en su mente las primeras impresiones de este movimiento especial y singular que en aquellas se nota, pues muy pronto demostró una verdadera pasion por la enseñanza, gracias á la cual y al talento de que la naturaleza la dotó, hallóse ya muy jóven, casi niña, al frente de una gran escuela de señoritas de su ciudad natal.

Pero, como madame de Sevigné—sentía frío en casa,— y en vez del descanso y la expansion, necesario el uno y propia la otra de la adolescencia, entregábase con frenesí al ejercicio de toda clase de actos de caridad, singularmente con los niños pobres y abandonados que pululaban por las calles de Bristol: volver á su casa con dos ó tres pequeñuelos, muertos de frío, hambrientos, desnudos, sucios, y enviarlos luego á sus familias ó á una de las escuelas de beneficencia, aseados, vestidos, confortados, era su mayor afán y alegría.

Poco á poco, su corazon fué más exigente: no le bastaba recoger niños abandonados por sus padres y sin hogar, esto era poco: anduvo buscando estas muchachas y rapazuelos que andan vagabundos por las calles, duermen en los banquillos de los paseos ó se cobijan en las hornacinas de los edificios públicos, y que despertando su malicia antes que la reflexion, y anticipando el vicio á la naturaleza, son muy pronto criminales por el abandono en que viven, por la holganza de que no saben salir, por la miseria que les rodea; y les recogia con maternal afecto, les reconvenia, les halagaba, y ni uno solo dejaba escapar, aumentando el contingente de las escuelas que fundara primero en Bristol y despues en Londres. Allí cuidaba no solo de su educacion religiosa, sino de que obtuvieran la enseñanza de artes ú oficios con que pudieran atender á su subsistencia, y gracias á este caritativo celo y á esta asiduidad, muchas y muchos son los asilados que hoy viven honradamente y bendicen á su protectora, pues sin ella, la carrera del crimen era su único porvenir vergonzoso.

El primer paso estaba ya dado; la iniciativa de esta gran obra de beneficencia social, de esta empresa de salvamento de gran número de muchachos abandonados y vagabundos estaba planteada, y si á Miss María Carpenter le cabe esta gloria, no es menor la que continúan Miss Florencia y Juana Hill en la capital del Reino Unido, las cuales han desarrollado tan útil institucion, admitiendo á jóvenes mayores de catorce años, con lo cual la criminalidad de la adolescencia ha sufrido notable disminucion.

En su patria muy luego tambien sintió frío (signiando aquel mote), y jóven aún, pasó á la India y allí es donde se desarrolló con vigor todo el carácter y la inclinacion de Miss Carpenter. Funda en Bengala, Madrás, Bombay y Calcuta escuelas de reforma para los jóvenes, segun el tipo de su Red Lodge de Bristol, abre colegios de enseñanza para señoritas, y en unos brillantes exámenes recibe entusiastas plácemes del Rajah Ramachum en Bengala, y extranjeros é indígenas se disputan con empeño la admision de sus hijas en su colegio; el rigoroso invierno de 1866 fué una época memorable para aquellas ciudades, pues por todas partes estaba la hija del pastor de Bristol para socorrer, animar y tender su mano. Á millares se cuentan los que á ella debieron la enseñanza de máximas y ejemplos que les conservan hoy en la senda del bien.

Pero, como si aun los hechos no fueran satisfaccion

bastante á la expansion de este amor extraordinario que sentia hácia sus semejantes, quiso confiar á los hombres de gobierno, á las notabilidades científicas y á los libros sus impresiones, sus propósitos, sus ideas. En 1864 publicó la notable obra, en dos tomos, *Nuestros condenados*, en la cual se declara partidaria entusiasta del sistema penitenciario irlandés tan desarrollado por W. Crofton, y demostrando las fatales consecuencias del sistema celular absoluto, la inconveniencia y áun la inhumanidad de aplicarlo en los países meridionales, la importancia que en la reforma de penados y en su moralidad tienen los empleados aptos, probos, celosos, la necesidad de tender la mano de la caridad al condenado cuando recobra su libertad y vuelve al mundo de los peligros, los azares y las pasiones, proclama la bondad del trabajo de Crofton, que recomienda también á sus amigos en cuantas ocasiones se presentan favorables. La escuela de reforma de Red Lodge para muchachos, y los *Consejos para el gobierno de las escuelas industriales de reforma*, son dos trabajos debidos á su pluma, y en los cuales, al lado del detalle y del estudio minucioso que caracteriza á las obras del sexo débil, hay una superioridad de miras, una generalidad de apreciaciones y un tono verdaderamente varonil. Recientemente habia expuesto en dos notables cartas á lord Salisbury el estado de las cárceles de la India, indicando los puntos de reforma más importantes, y todo ello con la autoridad que dan, no sólo el talento, sino la experiencia y la atinada observacion.

Dotada de fácil palabra, de una claridad notable en la exposicion de sus teorías, y con una apreciacion gráfica de cuanto habia visto y comparado, peroró en distintas ocasiones cuando el Congreso internacional penitenciario de Londres, en las sesiones de la Asociacion inglesa por el progreso de las ciencias sociales, en las Sociedades de Patronato de los libertos, y hubiera también dejado oír su autorizada voz en el próximo Congreso penitenciario de Stokolmo. La comision organizadora de éste, reunida en Bruchsal, la confió el año pasado la redaccion del dictámen referente al punto tercero, seccion 3.ª, de los sujetos al debate:

—Bajo qué principios conviene organizar los establecimientos destinados á los jóvenes absueltos por haber obrado sin discernimiento y puestos á disposicion del gobierno para el tiempo que determina la ley?

Basta leer este trabajo, corto en extension, pero vasto en su alcance, para apreciar el talento y el corazon de Miss Carpenter: en las cuatro páginas en 4.º que ocupa hay reflejados más de cuarenta años de experiencia, de estudio, de observacion, y se revela un conocimiento profundo de las inclinaciones, de los hábitos, de las cualidades, de los defectos de la infancia y la adolescencia; y lamentábase aún que su reciente viaje de la India no le hubiese permitido decir todo lo que deseaba ni pudiera hacerse.

Notable hubiera sido lo que esta mujer extraordinaria hubiese dicho en el Congreso de Stokolmo, ya que sus apreciaciones al lado de las de Stevens, Crofton, Wines, Beltrani-Scalia, Solluhob, Guillaume y otros de esta talla, hubieran impreso á los trabajos un tono que se inició ya en el Congreso de Londres. Verdad que Lina Beck Bernart en Suiza, y Florencia y Juana Hill en Inglaterra pueden aun seguir las huellas de Miss Carpenter; pero la vasta experiencia de ésta y el estudio profundo y de aplicacion que habia hecho hacia más de cuarenta años, son una pérdida irreparable para la ciencia social y en particular la penitenciaria.

Todo el pueblo de Bristol en masa, comisiones de todos los Institutos de beneficencia de Inglaterra y todos los discípulos de la escuela de reforma de Red Lodge acompañaron con lágrimas el féretro de esta mujer ilustre, y cuyos notables rasgos de fisonomía ha dado á conocer la *Illustracion* inglesa, para prestar un tributo de público duelo á esta heroína de la caridad. Nosotros, aunque humilde y sencilla, dejamos nuestra siempre viva sobre su sepulcro.

En la India y en el continente siempre las autoridades la recibieron con distinciones inusitadas, siempre atendieron á sus indicaciones, siempre secundaron sus propósitos, siempre la alentaron en su levantada empresa.

PEDRO ARMENGO Y CORNET.

REDENCION.

I.

Visto negro crespon naturaleza,
Y todo en derredor es pena y llanto;
No del ave se escucha dulce canto,
Ni se ve de la flor rica belleza.

Nubla el rostro del hombre la tristeza
Que en el aire se cierne, y pone espanto
En almas cuya gloria, amor y encanto
Son mundano oropel, brillo y riqueza.
¿Qué extraño nos sucede que ocasiona
Este anhelo, este afán, este vacío,
Que el espíritu abate y aprisiona,
Cual la costa aprisiona al mar bravío?
¿Qué sucede!... ¡Olvidas, temerario,
La muerte de Jesus en el Calvario!

II.

Muere el Hijo; la madre dolorida
Exinime cayó. ¿Cómo un segundo
A Aquel sobrevivir, que era en el mundo
Su consuelo, su bien, su propia vida?...
Mas torna luego en sí; ¡ay! concluida
Su mision maternal en este inundo
Lodazal de miserias tan profundo,
Terminada no está, sino emprendida.
Al morir su Jesus lególe al hombre:
Y aquellos que á su Dios asesinaron,
Amparados por Él y con su nombre,
Hijos de aquella madre se encontraron.
Y ella siempre amorosa, por su Hijo,
Los tomó, fué su madre y los bendijo.

J. A. CAMACHO.

1878.

** (1)

Contemplando tus ojos y sintiendo
su fuego abrasador,
pienso que de tus ojos son los rayos
con que nos hiere el sol.

Tu pecho analizando, su dureza
sintiendo, su frialdad,
yo pienso si la losa de mi tumba
de tu pecho será.

P. SANUDO AUTRAN.

Madrid, Agosto, 1878.

LAS GLORIAS DE CASTILLA.

I.

Á pesar del epígrafe que encabeza estas líneas, no vamos á ocuparnos en ellas de lo que á primera vista, quizás, se figure el lector. Por mucha que sea nuestra audacia, y por más que el título de castellanos pudiera servirnos de disculpa, nunca nos atreveríamos á tratar así, y á la ligera, en unos cuantos párrafos, ni el más pequeño de esos hechos gloriosos, de los cuales está llena esa tierra en donde escribió el Cid sus hazañas con su espada. La patria de los Bravos y los Padillas, necesita, como Aquiles y la Grecia, Homeros que la canten; y hacer otra cosa, es profanar la memoria de sus héroes. Las glorias castellanas, que están grabadas en las ruinas de cien fortalezas, en sus campos empapados con sangre enemiga, en las movibles olas del mar de Lepanto, en las vegas de Granada, en los campos de Sagunto y en otros innumerales lugares, no han podido encerrarse en los límites de la historia. El nombre de Castilla ha llenado un día este viejo continente, ha atravesado los mares, y en las alas del valor y de la fama, ha corrido á extenderse por las dilatadas selvas de la virgen América. ¿Cómo, pues, habíamos de osar nosotros hablar de las glorias de Castilla, en lo que se refiere al nombre, valor y hazañas de sus hijos, con relacion á ningún tiempo, ni á ningún período de su grandiosa historia? Lo que tras el epígrafe que encabeza estas líneas vamos á trazar, es un ligero cuadro de costumbres próximo á borrarse bajo la despiadada mano del tiempo y, ¿por qué no decirlo? del progreso; cuya mision reformadora lo mismo alcanza al suntuoso edificio, á la histórica casa solariega, cuyo pesado escudo atestiguaba el ominoso privilegio del señor sobre el villano, que á la modesta vivienda del humilde labrador y del desconocido *pechero*.

II.

EL HOGAR.

El hogar ha sido, en todos los tiempos el ara santa en donde se ha rendido culto á la religion de la familia y de la amistad. En torno del hogar vemos, desde los tiempos más remotos, reunirse los hombres y fraternizar

(1) Del libro próximo á publicarse, *Más poemas*.

entre sí, áun en aquellas épocas lejanas en que la civilizacion era un mito, una cosa en estado tan embrionario, que solo ofrecia la confusa forma de algo que tardaria muchos siglos en poder definirse con precision.

La historia antigua nos presenta á los rudos habitantes de la vieja Armorica reunidos en torno del hogar, para que el viajero, detenido por fuerza en su camino, les refiera lo que ha visto y oído en sus correrías; los usos, las costumbres, los trajes y las luchas de otros países. Ahí, junto al fuego, en silencio, y con religioso recogimiento, escuchan la narracion y la graban en su memoria para referírsela á sus hijos y á los hijos de sus hijos. El galo, tan feroz que bebe con salvaje placer la sangre humeante aún de su enemigo vencido, vuelve despues de la lucha taciturno y sombrío; arroja en un rincon su tosca lanza y su pesado escudo; encadena su mastin de guerra; mira con torva faz en derredor, como si aún no hubiera matado bastante, aunque sus nervudos brazos se hayan teñido de sangre hasta el codo; pero allá, en el fondo de su rústica estancia, ve cómo brilla el fuego del hogar y se dulcifica su mirada, se desarruga su frente, lava sus enrojecidas manos, y sentándose cerca de las llamas, acaricia á sus hijos, sonríe á su esposa, vuelve, en fin, á ser hombre dejando de ser fiera, y este verdadero prodigio lo ha realizado el ara santa del hogar.

Para el árabe nómada que, sin casa y sin familia, corre día y noche por los areales del desierto, librándose de la intemperie bajo la tosca tienda de pieles, haciendo la guerra á las fieras y á los hombres, vestido apenas y alimentándose de las escasas frutas que halla á su paso, la hoguera encendida, cuando el sol esconde en los mares su cabellera de fuego, es lo que constituye la patria, la familia, el lazo de union con sus semejantes, y tendido cerca de las llamas piensa en esos mundos desconocidos que puebla la fantasía de tan diversos modos; mas para pensar, el árabe necesita de la presencia del fuego, de la imagen del hogar. El chino, el egipcio, el indio, lo mismo que el habitante de la Groenlandia, todos los hombres y todos los pueblos, rinden tributo al símbolo de la fraternidad, representado en el fuego del hogar.

III.

DEDUCCIONES.

De todo lo dicho, y de lo mucho que aún pudiéramos añadir, se deduce que el hogar es una necesidad en el hombre, y que el fuego, que representa la vida, la eternidad del espíritu y de la materia en sus infinitas transformaciones, necesita un ara en donde se le rinda culto permanente. Ahora bien, esta ara; tiene, ha tenido y tendrá muy diversas formas, tantas como son los diferentes pueblos del globo; formas que han variado hasta el infinito, á medida que lo han hecho indispensable el refinamiento, la cultura y el aumento de las necesidades de la vida.

Durante muchos años, el hogar lo constituyó una ancha piedra sobre la cual se encendia el fuego. En derredor se agrupaban los miembros de la familia y los amigos, tratándose de este modo los asuntos de mayor gravedad. Esta fué la forma primitiva en casi todos los pueblos de la antigüedad.

La invasion de los bárbaros del Norte trajo, á lo que entonces se llamaba el mundo civilizado, el uso ó la invencion de las chimeneas; y durante toda la Edad Media vemos reunirse debajo de su ancha campana al señor y al vasallo, al prelado y al guerrero. En el palacio y en la choza, en la ciudad y en la aldea, el hogar, con su ancha piedra y su negro dosel, representaba el templo de la familia. El feudalismo tenia millares de esos ennegrecidos monumentos en los que se aparaba todo el gusto y la riqueza del arte. Ostentosos escudos de piedra recargados de simbólicos atributos, mármoles preciosos, broncees, dorados y esculturas, nada era bastante para decorar las colosales chimeneas de aquellos grandes salones, en cada uno de los cuales podria fabricarse cómodamente uno de nuestros modernos palacios.

Pasó la Edad Media, y con ella sus costumbres: las cruzadas, las guerras de Oriente y Occidente, las invasiones, las luchas de todo género habian modificado los usos de los pueblos. La riqueza, más dividida, creó necesidades nuevas: los gremios, los comunes, el municipio y otra porcion de instituciones hijas del progreso, dieron una nueva organizacion á la sociedad, y de todas ellas nació la clase media, cambiando casi por completo la manera de ser de la vida íntima. La independencia individual redujo las viviendas. Ya no fueron necesarios aquellos inmensos edificios en donde se albergaban pueblos enteros de siervos y criados dependientes de un solo señor; por lo tanto, la vida cambió también. Achi-cadas las habitaciones, el hogar tomó otra forma. La colosal chimenea fué sustituida en las ciudades con el estrado, y en él la ancha copa de cobre ó el brasero de pla-

ta, según las facultades de cada uno. La reunión de la familia y los amigos junto al fuego continuó en la tertulia; el trabajo de criados y señores, que antes ocupaba aquellas horas, fué reemplazado por los juegos de naipes, dados, damas, ajedrez, asalto y otros varios; de este modo el fuego sagrado se mantenía y custodiaba lo más alegremente posible y la tradición no se rompía. Esta misma tradición fué, pues,



4. Sombrero Toque para niño.

la que creó las glorias de Castilla, de las cuales es ya hora que nos ocupemos.

IV.

En las ciudades, las glorias fueron siempre casi desconocidas, porque la distribución de los aposentos las hacía innecesarias, lo mismo en las clases acomodadas que entre el pueblo, pero en las aldeas, ó, mejor dicho, en los lugares de Castilla, pues en las dos Castillas son desconocidas esas pequeñas aldehuelas que tanto abundan en otros países y que consisten



5. Vestido para señorita, guarnecido con plisés y bieses bordados.



8. Traje de casino para señorita.



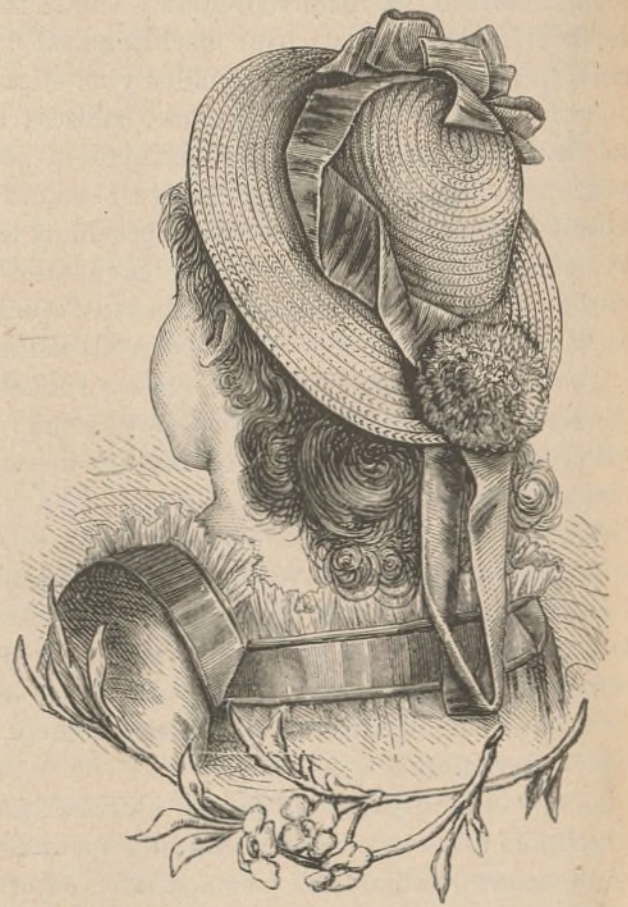
7. Corbata de cinta con fleco y pensamiento hecho de malla.

en un grupo de diez ó doce casas, en los pueblos de Castilla, repetimos, las glorias han llenado, durante mucho tiempo, el importante papel de mantener el fuego sagrado: veamos cómo.

En los grandes lugares había varias de estas glorias. Las tenían todos los labradores medianamente acomodados; el cura, el escribano, el boticario, el mayorazgo, el señor, y toda persona, en fin, que contaba con algunos recursos para vivir y casa propia en donde pudiera fabricar a.

En una espaciosa habitación de planta baja, más larga que ancha, dos terceras partes de su extensión se dedicaban á la gloria. Sobre el piso se alzaba una especie de estrado de ladrillo, al que se subía con una escalerilla portátil de dos ó

tres escalones. Este estrado, hueco por debajo, se caldeaba por medio de una boca de horno, en la que se introducía leña de sarmiento y paja menuda. El humo se escapaba por un ancho tubo de alfarería, que implantado en la pared á la cabecera del estrado, subía, taladrando la techumbre, hasta el tejado. Una válvula de hierro acortaba, cuando era necesario, la intensidad del fuego, interceptando el aire, ó le



5. Sombrero de paja de Italia para niño.

reanimaba dejándola abierta; la boca de horno se cubría asimismo por una plancha de hierro ó de madera.

La gloria era, y aún es, en donde todavía existe, el barómetro de la fortuna, que revelaba el estado de los negocios de la casa, y hasta la situación del ánimo en la familia.

Todo el lujo, todo el refinamiento de las comodidades se guardaba para aquel lugar. El pavimento se cubría de espesas y mullidas pieles de cordero con su blanco y rizado vellón;



9. Vestido elegante para joven.

...r debajo,
...le horno,
...miento y
...or un an-
...en la pa-
...ladrando
...álvula de
...la inten-
...ire, ó le

...in .
...de horno
...de hierro
...e todavia
...ne revela-
...a, y hasta
...da las co-
...lugar. El
...llidas pie-
...do vellon;



EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras.
Calle de la Montera, número 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

las pa
menor
el asp

brazo
de c
brill
oro;
cient
llas d
anch
asien
mod
nes;
nes;
nada
tia p
dab
en ac
todo
valo
lujo

24
13

14

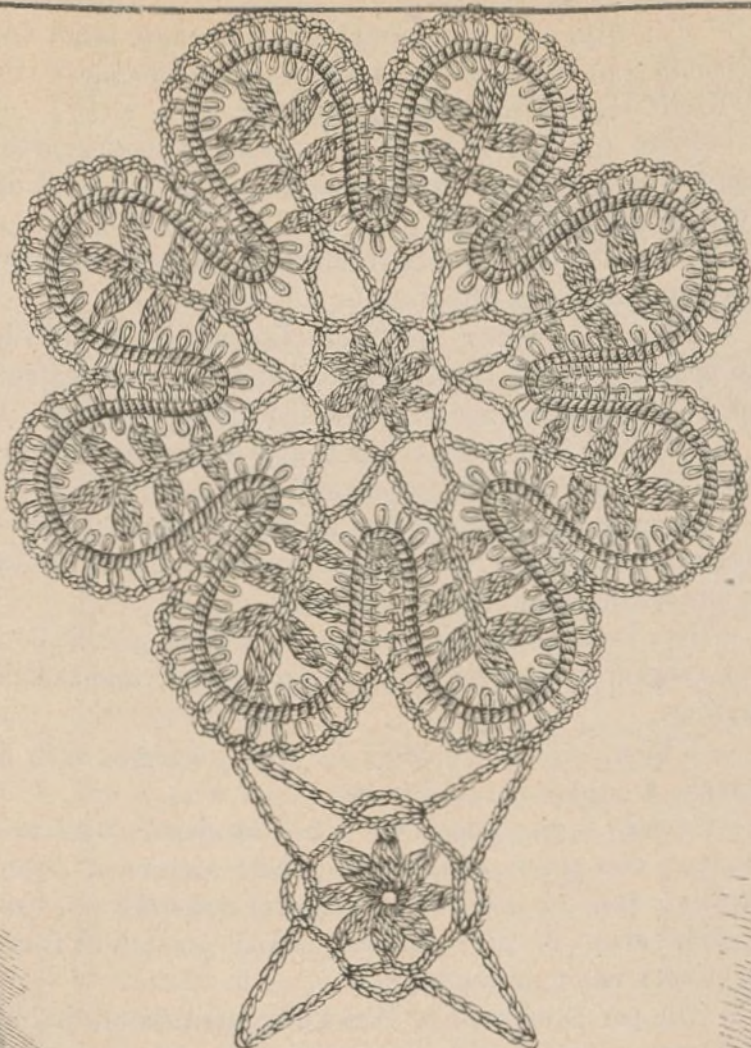
ri
da
he
di
po
ño
to
y
mi
cia
rei
ni

las paredes, salpicadas de lienzos ó estampas de más ó ménos mérito, encerradas en anchos marcos, la daban el aspecto de un museo en miniatura. El ancho sillón de

que reparte la luz á todos los ángulos. Las paredes, blancas como la nieve, devuelven los rayos luminosos alegrándolo todo, y no permitiendo que la sombra se apode-



12. Sombbrero Catalina.



10 y 11. Roseta para cubierta de cana o cuna.

gloria en la casa de un labrador acomodado, era risueño, alegre, tranquilo, patriarcal. Figúrense nuestros lectores en una noche de invierno aquel estrado que, por su altura, parecia indicar que queria ser visto. Sobre una ancha mesa de nogal, pulimentada por el uso, hay un enorme velon de cuatro mecheros

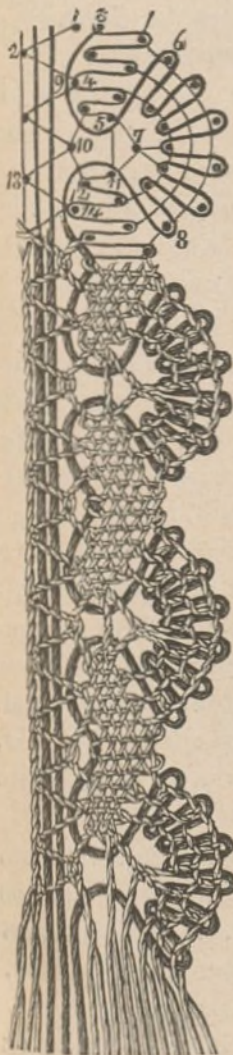


13. Sombbrero Rosalinda.

brazos, tachonados de clavos de cobre brillantes como el oro; la mesa de luciente nogal; las sillas de paja blanca y ancho respaldo, cuyo asiento cubrian cómodos almohadones; mullidos cojines para los piés; nada, en fin, se omitia para hacerle agradable. Encerrados en aquel espacio casi todos los objetos de valor de la casa, el lujo con que la glo-

re del más pequeño rincón.

Por eso pueden verse de un extremo á otro del techo; y corriendo á lo largo de las paredes en forma de graciosos pabellones, largas cuerdas de las cuales penden dorados racimos alternando con aromáticos membrillos, rojas y lustrosas manzanas, enormes y sabrosas pe-



14. Puntilla de encaje de palillos.

ria estaba alhajada daba, segun ántes hemos dicho, la medida de la fortuna y posicion de sus dueños; así como el gusto, simetría, esmero y limpieza de estos mismos objetos, decian claramente si reinaba buena armonía en la familia.

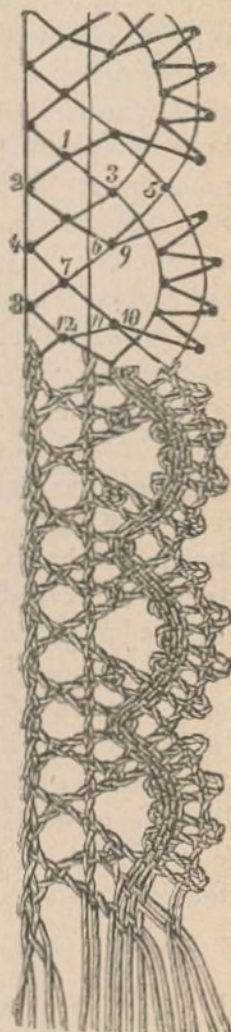
El aspecto de la



16. Traje de paseo.

17. Vestido con cuerpo de aldetas y túnica.

18. Traje para niña.



15. Puntilla de encaje de palillos.

ras, ciruelas envueltas cuidadosamente en pequeños cucuruchos de papel, para que no pierdan su delicado jugo; y todo esto, á la par que alegra la vista y aromatiza la estancia, ofrece la perspectiva de regalados postres para la fa-

milia. Las frutas colgadas es uno de los ornatos predilectos de las glorias de Castilla.

En medio de este risueño cuadro, en un extremo de la estancia, el ama de la casa hace labor, teniendo sobre sus rodillas la histórica almohadilla de tela, rellena de lana en rama. Cerca de ella, hermosos niños juegan sentados en el suelo sobre las mullidas pieles, mientras una niña algo mayor devana, dando vueltas al argadillo, la madeja de blanco y lustroso lino que algunos meses antes ha hilado la sexagenaria abuela que ahora vemos dormitando en su ancho sillón. Sobre el regazo de la anciana un hermoso gato duerme tranquilamente, manifestando su satisfacción con ese arrullo particular á la raza felina, que vulgarmente se llama *hacer el carro*. Un hermoso mastín, de cabeza inteligente y mirada dulce, como la de un amigo, yace tendido á los pies del amo, que, en compañía de tres hombres más, ocupan los cuatro ángulos de la mesa, entreteniéndose en un juego cualquiera, donde solo se atraviesan algunos cuartos, pero que da motivo á sonoras carcajadas, á frases alegres y animadísima conversacion. Al lado de los niños, una rolliza criada murmura en voz baja algun cuento extravagante, y con él los entretiene hasta la hora de acostarlos; algunas amigas de la casa, haciendo tambien labor, discuten con la dueña sobre asuntos de familia: tratan de los sucesos del día, de las bodas que habrán de verificarse pronto, del precio de los artículos en el mercado, y hablan, sobre todo, de las gracias de sus hijos, materia siempre nueva é inagotable para las madres. Entretanto se oye fuera mugir el viento; el agua azota las paredes, mientras en el horno chisporrotean alegremente los sarmientos, y las llamas rojas y lascivas besan los bordes de la boca ennegrecida, y es necesario taparla para que retrocedan, y cerrar la válvula, porque ha llegado la hora del descanso.

Este cuadro, risueño, tranquilo, tiene algo de patriarcal y primitivo. Aquella escala ascendente de la familia; aquella abuela que dormita junto al fuego, representando el cansancio, mientras que sus hijos, fuertes y robustos, son la imagen de la vida en todo su vigor, y los hermosos niños, alegres y sonrosados, simbolizan la esperanza y el porvenir, son la historia viviente de la humanidad, el ayer, el hoy y el mañana, enseñándose á respetar la marcha del tiempo con todos sus accidentes.

Los domingos, la reunion comenzaba por la tarde y era más numerosa. En la gloria pasaban la mayor parte del día los parientes y amigos, los jóvenes se entretenían en juegos de prendas; las niñas, en un apartado rincón, establecían sus casitas de muñecas, mientras los ancianos, al derredor de la mesa, daban tormento á una baraja ó á las fichas de un dominó.

Llegada la hora de la cena, esta era patriarcal: se ponían tantos cubiertos como personas estaban en la casa, y con añadir algunas magras más, el banquete era completo: el pan y el vino abundaban siempre, tanto como la buena voluntad, y esto era lo esencial. Un brazado de sarmientos arrojados al hornillo elevaba la temperatura, y unos cuantos tragos alegraban los ánimos; los mozos cantaban, los viejos decían *chascarrillos* y los niños, con su charla infantil, hacían las delicias de sus madres; todos, en fin, se hallaban verdaderamente en la gloria, y era de ver la pereza que sentían unos y otros para decidirse á abandonarla.

Tal es, trazado á grandes rasgos, el cuadro que, hasta la mitad de este siglo, presentaban todavía en muchos pueblos de Castilla las glorias, última forma del hogar de familia que hasta hoy hemos alcanzado, y que va desapareciendo, borrado por la mano del tiempo y del progreso, que ha creado otras necesidades.

No entraremos ahora á discutir si lo que venga será mejor ó peor; nada hay malo ni bueno en absoluto, porque el bien y el mal son relativos como todo en la vida. Á otros tiempos otros usos. Solo hemos querido hacer un ligero boceto de costumbres, justificando así el epígrafe que dimos al presente artículo, titulándolo *Las glorias de Castilla*.

SOFÍA TARTILAN.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

(Continuacion.)

Por un instante sus bellos ojos recobraron toda su altivez de otro tiempo, por un instante sus labios temblorosos se fruncieron; pero todo esto no fué más que un instante, luego echó los brazos al cuello de Lorenza y exclamó llorando:

—¡Perdon, si la he ofendido á V. en algo! Perdóneme V., madre mía!

—¡Tú! dijo la ciega apretándola contra su seno, tú, hija mía, tan buena, tan amante.... ¡No, tú no!...

Vaciló algunos momentos, y repuso:

—Pero, ¿no podría haber otros motivos muy graves, muy trascendentales que convirtieran la felicidad de ayer en actual desdicha?

Genoveva fijó en los ojos entelados de la ciega, sus ojos desmesuradamente abiertos.

—¡No podría haber, prosiguió Lorenza con lentitud, un acontecimiento, que independientemente de los afectos de nuestros corazones, nos obligase á separarnos?

—¡Oh, Dios mío, no la comprendo á V.! exclamó Genoveva con impaciente desesperacion.

Lorenza guardó silencio por algunos instantes. Parecía reunir todas sus fuerzas para pronunciar las terribles palabras que pronunciaba su corazón.

—Genoveva, mi hijo está enfermo! balbuceó por fin con voz apagada y cuyo temblor se esforzaba en vano en disimular.

—Y bien, dijo con efusion la joven, seremos más á amarle, á cuidarle, á protegerle.

—Cuando la tempestad ruja sobre tu frente, exclamó Lorenza con tono solemne, levanta tu corazón á Dios, inclínate ante su justicia, y resignate á sus decretos con inquebrantable fortaleza. La tempestad ruje sobre tu frente; ¿tienes valor, hija mía?

—¡Oh, por Dios, replicó Genoveva fuera de sí, hable V. claro, no intente V. preparar mi ánimo, porque causa mayores tormentos! ¿Habla V.... no me atrevo á decirlo.... habla V. de separacion eterna?

Lorenza arrojó un grito.

—¡No, oh, no, exclamó con voz vibrante, todavía no! ¡No será mientras yo exista.... Dios tendrá piedad de esta pobre anciana!

Cogió convulsivamente las manos de Genoveva y la dijo en voz baja, cual si sus propias palabras la estremecieran:

—Ayer tarde interrogué á los médicos sobre el estado de mi hijo: ¿sabes lo que me dijeron?

Escucha, escucha, y apídate de mi tortura: *Para prolongar su vida necesita tranquilidad de espíritu; si se casa con Genoveva muere y muere si permanece á su lado sin casarse.*

Hubo un largo intervalo de silencio.

Genoveva tenía la cabeza caída sobre el pecho, y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

¡Había querido dar á aquel hombre la felicidad y le daba la muerte! ¡Había querido ser su consuelo, su sosten en las penalidades y amarguras de la vida, y no sólo era impotente para salvarle, sino que sus mismas caricias le mataban!...

¡Era preciso confiarle á manos extrañas.... era preciso saber que suspiraba y no recoger sus suspiros.... era preciso saber que lloraba y no correr á enjugar sus lágrimas!.... Cuando estuviese débil, otro le ofrecería el apoyo de su brazo; cuando el dolor agobiase su frente, tendría que reclinarse en otro regazo....

¡Ah, si Cláudio hubiese hallado repentinamente una corona de Rey hubiera podido dejársela llevar á él solo; pero era de espinas, y ¿cómo podría resignarse á no compartirla? Podía no tomar parte en sus alegrías; pero ¿cómo no tomarla en sus dolores?

Pero, ¿qué habría hecho ella á la suerte, qué le había hecho á Dios para ser tan duramente castigada? ¿Había acaso pedido hermosura, talento, posicion social, riquezas?... ¡Solo había pedido ser el ángel bueno de un sér desgraciado, y hasta esto le negaba su enemiga estrella!.... Pero las madres tienen el derecho de velar á la cabecera de su hijo enfermo, la Virgen presenció la agonía de su único Hijo.... ¿Por qué le estaba vedado á ella sola este desgarrador consuelo? Y además, ¿qué pensaría Cláudio de su desvío, de su abandono? ¿Creeía que le enojaba la vista de sus sufrimientos, que era egoísta, ingrata y desleal!...

—Pero señora, exclamó impetuosamente, Cláudio me ama, ¿cree V. que mi indiferencia no le arrebataría la existencia?

Lorenza había tenido hasta entonces fijos sus ojos inmóviles sobre la joven. Toda su vida se hallaba reconcentrada en ellos, cual si quisiera producir violentamente un rayo de luz para leer su sentencia en el rostro de Genoveva.

—¡Oh, dijo, mezclándose los cabellos con desesperacion. Lo sé.... es un problema difícil de resolver....

¡Toda la noche he estado batallando conmigo misma....

¡Pero yo no quiero que mi hijo muera, Genoveva, no lo quiero!.... Mi frente arde.... mil extrañas ideas cruzan por mi imaginacion.... voy á volverme loca!

¡Loca! añadió sonriendo con una risa insensata, plagiada á Dios, los locos no ven la horrible realidad.... ¡Genoveva, socórreme, ten compasion de mí!.... ¡Ven en

mi ayuda, Genoveva! ¡Oh, no permitas, no permitas que muera mi hijo! Ten lástima de él, ten lástima de mis canas!....

—¿Y quién la tendrá de mí? exclamó dolorosamente la joven alzando sus manos al cielo, ¡Abandonarle, Dios mío, abandonarle, triste, enfermo, moribundo, desgraciado.... ¡No puedo, esto es demasiado horrible, no puedo!....

—¿Y dice que le ama? interrumpió Lorenza con vehemente frenesí, y dice que le ama! ¡pobre y mezquino amor, amor fútil de mujer; ¿qué eres comparado con el santo amor de una madre? ¡Lo que llamas amor, niña, es un fuego fátuo, comparado con una gigantesca hoguera!.... ¡Pero yo me desterraría de su presencia, sufriría su maldicion, andaría día y noche errante por el mundo con los pies desgarrados, durmiendo sobre las piedras, alimentándome de hierbas, y llegaría así hasta el confin de la tierra, sin esperanza de volverle á ver, pero repitiéndome á mí misma con delirante alegría: *le he salvado!... ¡le he salvado á mi hijo!*

¡Ah, no tienen mérito las penas que se sufren delante del objeto amado! ¡Ah, no es abnegacion la que cuenta con la gratitud del ser querido! ¡Ah, no es sacrificio el que espera conseguir en cambio una mirada de ternura.... ¡No! ¡Esto es egoismo.... egoismo disfrazado de amor y abnegacion!.... ¡Nada más que vil y bajo y sordido egoismo!.... Adios, Genoveva, tú no sabrás amarle jamás como yo le amo!....

Y la ciega enérgica y altiva se dirigió á la puerta.

Genoveva se lanzó tras ella.

—¡Señora, dijo con voz firme, he luchado y he vencido! ¡V. me ha dado fuerzas para vencer en la batalla horrible! ¡Gracias! ¡Miser desaparece de hoy más para fundirse en el suyo; todo para él; nada para mí! ¡Haré mas que poner término, por él á mi vida: aceptaré la tortura de todos los instantes en el silencio, en la ignominia, sin gloria, sin laureles! Madre, ¿qué debo hacer?

Lorenza retrocedió presurosa y colocó sus dos manos sobre la frente de la joven, murmurando con delirante expresion.

—Bendita, bendita seas!

—¡Ah, si, exclamó la joven sollozando, bendígame V., para que tenga fuerza de sobrellevar tamaña desventura! Y cuando le oiga V. acusarme, cuando recoja V. sus suspiros de amargura, bendígame V. en el fondo de su corazón, porque será el único que sepa, que comprenda mi inmenso doloroso sacrificio!....

—Mi corazón y Dios, hija mía, interrumpió con apasionado entusiasmo. Dios que concita las tempestades y ordena á los vientos borrascosos que apiñen sobre el horizonte las negras nubes, hace que aparezca luego en el cielo el arco de concordia.... Saframos la tempestad, cumplamos con nuestra conciencia y espemos....

Genoveva cayó casi sin sentidos en los brazos de la infortunada madre, y ambas permanecieron largo tiempo abrazadas confundiendo sus lágrimas y suspiros.

Cual si Dios hubiese querido recompensar á la heroica joven por su sacrificio, Cláudio la recibió aquella mañana con una sonrisa más alegre que de costumbre.

—Estoy mejor, la dijo: estoy mucho mejor! ¡Me siento reanimado! Abre la ventana y deja que entre un rayo de sol. ¡Cuán hermoso es el sol! ¡Cómo se puede estar triste viendo un rayo de sol, contemplando un pedazo de cielo!.... ¡Qué tibio es el aire! ¡qué bien cantan en el jardín los pajarillos!.... ¡Esta mañana todo me recuerda á Niza!.... ¡Oh, cuán felices éramos en Niza, amada mía! ¿Te acuerdas de nuestros paseos por la deliciosa campiña? ¿de nuestros paseos por el mar azulado? ¡Ah, aunque me muriera ahora mismo, no me quejaría del lote que me ha cabido en esta vida!.... ¡Te acuerdas de aquel día, que vagando entre sombrías y perfumadas arboledas, nos detuvimos breves momentos en una rústica casita para pedir un poco de agua?

Nuestra buena madre, rendida de fatiga, se había quedado sentada al pie de un árbol cercano; nosotros nos adelantamos solos y cogidos del brazo.... pedimos agua á una mujer que estaba echando de comer á las gallinas, y ésta nos la ofreció solícita en una blanca taza de loza.

—¡Son Vds. esposos? te preguntó la mujer en voz baja mientras yo bebía. — ¡No! respondiste tú suspirando.

—¡Loado sea Dios, se apresuró á replicar la aldeana con sencilla franqueza, porque ese hubiera sido el matrimonio del día con la noche!

Yo lo oí, y en vez de afligirme me puse muy contento. ¡Estaba orgulloso, porque todo te lo debía y porque todo se lo debía tambien á las cualidades de mi alma.... ¿Por qué no nos hemos casado ya?... ¡Cada día que se pasa es un siglo para mí! ¡Lo confesaré! temo perder mi dicha.... ¡Ah, no desconfío de tí, ángel querido, no! Pero la vida tiene tantos escollos imprevistos! Si algun día llegase á perderte, ¿creees tú que podría vivir sin verte, sin oír tu

voz, sin contemplar tu semblante? Yo creo que no, Genoveva, porque tú y yo formamos ya un ser indivisible; porque perderte sería ya lo mismo que perder la vida!...

¿Por qué hablaba así Cláudio? ¿Qué le anunciaba su corazón, para dictarle, quizás por primera vez, estas palabras?

Genoveva sentía desgarrarse el alma al escucharle.

Pero aunque la palidez lívida de su rostro se iba extendiendo hasta sus labios, aunque se iba extendiendo á todos los músculos de su cuerpo el temblor que agitaba sus labios, respondió con una sonrisa placida y tranquila:

—Mi tía me escribe hoy y anhela que la boda se efectúe en su casa. Es la única parienta que me queda, Cláudio; es además anciana y pronto bajará á la tumba. Es preciso apresurarse á dar gusto á los ancianos, Cláudio, antes que desaparezcan de la escena de la vida. En las orillas del Túrta saborearemos mejor los castos placeres de un amor santificado por Dios, bendecido por el mundo que en este revuelto torbellino, en donde los deberes sociales nos roban los gozos de la vida íntima. Espera; en cuanto estés mejor partiremos.

El semblante de Cláudio se anubló.

—¡Partamos ahora mismo! dijo con viveza.

—Ahora es imposible, pero quizás mañana...

—¡Me siento tan bien hoy! exclamó el pobre enfermo con tristeza. ¡Mañana! ¿Quién puede responder del mañana? ¡Partamos hoy!

—¡Loco! ¿No ves que un viaje no se improvisa, que es preciso arreglar mil cosas?

Cláudio suspiró, pero nada dijo.

Vistiéndose, y apenas se hubo vestido, comprendió que su mejoría era sólo una ilusión... Léjos de bajar al jardín como había ideado, apenas pudo dar algunos pasos por la estancia apoyado en el brazo de Genoveva.

Entonces se sentó tristemente al lado de la ventana y sus ojos se llenaron de lágrimas.

El cielo estaba azul, el sol esplendoroso, los árboles cubiertos de renuevos; las flores entreabrían su cáliz, las crisálidas, transformadas en mariposas revoloteaban por los aires, cantaban los pajarillos saltando de rama en rama, murmuraban las aguas de la fuente al caer cual lluvia de plata sobre el musgo, suspiraba la brisa al sacudir las ramas cargadas de perfumes. ¡Todo renacía en la naturaleza al contacto de la hermosa primavera; todo era en torno vida, júbilo, amor!... ¡La muerte se había refugiado en el corazón de Cláudio! ¡La varita mágica de la primavera era impotente para regenerarle!

¡Ay, tener en sus manos la felicidad; verla delante de sí, hermosa, pura, radiante, y sentir que la vida se escapa, que los brazos inertes no aciertan á sostenerla, que va á quedar sepultada entre el negro paño de la tumba!

¡Cuán triste es el mundo! ¡Cuán triste es la existencia! ¡Felices los que han muerto!

CAPITULO XIV.

LA VICTORIA.

Felices los que pueden adormecerse en el seno de Dios, después de haberse inmolado en las aras del bien; después de haber arrancado una víctima al infortunio.

Fenelon.

El que ha labrado el bienestar de una sola persona, puede decir que no ha sido inútil su existencia.

Pascal.

Aún no habían transcurrido quince días, cuando Genoveva con su nueva familia se hallaba ya en Valencia, instalada en casa de su tía, bondadosa anciana que los recibió á todos con transportes de júbilo y cariño.

Eugenio los había acompañado: Eugenio ya no acertaba á separarse de Virginia, cuya mano de esposa había pedido solemnemente á su madre.

Por un extraño é inconcebible fenómeno, en amor, el hombre y la mujer son muy distintos de sí mismos, obran de muy distinto modo, según es distinto el ser á quien consagran su culto. Amando de buena fé, el amante es tibio ó apasionado, celoso ó indiferente, según las cualidades que adornan al objeto amado, y no porque estas cualidades sean más relevantes las unas que las otras, sino porque armonizan mejor, se amoldan mejor con las cualidades del que ama. Porque existen entre ambos los indispensables contrastes, la indispensable cantidad de luz y sombras, para que formen un perfecto todo. El hombre puede amar á cien mujeres; pero las amará de una manera diversa hasta encontrar á aquella, su media naranja, según se dice vulgarmente, otra mitad de su alma, con la cual sin esfuerzo, sin violencia, pueda unirse su alma y formar un alma sola.

Genoveva era más bella que Virginia; tenía más ta-

lento y más heroicas virtudes, y sin embargo, Eugenio, que la amaba sinceramente, nunca habría pasado con ella de la línea del respeto, del afecto grave y ceremonioso, y á veces su orgullo se rebelaba contra aquella adoración, impuesta por un ídolo, que jamás descendía de su pedestal para convertirse en mujer amante y apasionada.

Genoveva, que sabía sacrificarlo todo á Cláudio, pobre y oscurecido, quizás porque era verdaderamente el alma de su alma, jamás iba al encuentro de Eugenio, rico y adulado, y encerraba sus sentimientos en el fondo de su corazón, temerosa siempre de una repulsa que hubiera ofendido su amor propio.

Virginia, por el contrario, ingenua, sencilla, orgullosa de que Eugenio hubiese fijado la atención en ella, agradecida de que habiendo podido elegir entre otras mujeres más ricas y más bellas, la hubiese elegido á ella, le dejaba leer con candida franqueza en los más ocultos pliegues de su alma, se mostraba siempre expansiva, amante y satisfecha. Si Eugenio se abandonaba alguna vez á la versatilidad de su carácter, no le ocultaba orgullosamente sus lágrimas, no refrenaba sus suspiros; sin exigir nada, sin reprocharle nada, le demostraba su pena con tan sencilla inocencia, que el joven arrepentido y sojuzgado, iba poco á poco amoldando su ser al ser tierno, dulce, sensible, que parecía formar parte de su propia esencia.

¡Oh! vosotros los que amáis, si encontráis desvío en el objeto amado, no le culpeis á él, culpád á vuestra alma, que no puede ó no sabe identificarse con la suya; no le acrimineis, si por acaso le veis consagrar á otra persona á quien juzgáis inferior por sus merecimientos, el culto que os es debido; buscad en vosotros mismos el secreto de este proceder, y procurad que las armonías de carácter y sentimientos vuelvan á anudar el lazo destruido.

Hacia tres días que los viajeros habían llegado á Valencia: era de noche; una noche poética llena de encantos y armonías.

La primavera, bella y risueña en todas partes, se mostraba aún más galana y bella bajo aquel cielo benigno, en aquellos verjeles frondosos y perfumados que sirven de alfombra á la voluptuosa ciudad que se espeja á la vez en las aguas cristalinas del manso Túrta y en la inmensidad revuelta del Mediterráneo.

Eugenio y Virginia se habían sentado en el balcón, el uno al lado del otro, saboreando las delicias de un amor correspondido. Cláudio y Genoveva estaban sentados á la parte de adentro, pero muy lejos el uno del otro, y Lorenza se había reclinado en el sofá, colocado en el fondo de la sala.

Todos guardaban silencio; pero ¡ay! que este silencio no encerraba para todos el mismo secreto encanto.

Para Eugenio y Virginia era dulce y voluptuoso; para Cláudio y Genoveva triste, inquieto y lúgubre para Lorenza.

De repente Cláudio se llevó la mano al corazón y exhaló un suspiro.

Aquella noche parecía sufrir más que de costumbre.

—¿Qué tienes? preguntó en voz baja Genoveva.

—¡No sé, me ahoga la pena! murmuró el joven dolorosamente. Perdóname, ¡estoy loco!... ¡Creo que tengo celos!... ¡Sí, celos de tí, mi ángel querido, ¿comprendes tú esto, Genoveva?

¡Sin duda es mi enfermedad la que me sugiere ideas tan extrañas!... Es que, perdona, hace días, muchos días... que me parece que estás... ¡oh, Dios mío, cómo lo diré que no te ofendas!... Pues bien... que estás distraída á mi lado... A veces te alejas con cualquier pretexto... á veces me rehusas el apoyo de tu brazo... á veces, ¡oh! ángel mío, perdóname si te acuso, que bien expío mi error con el sufrimiento que me causa, á veces parece que rechazas al fondo de tu corazón la palabra amante que iban á pronunciar tus labios... y entonces, mira, entonces... Pero no, ¿cómo podría explicarte esto? ¡Tiene por ventura palabras el lenguaje de los hombres para expresar el horrible torcedor que entonces destroza mi alma?

¡Entonces me acuerdo de que soy feo, de que estoy enfermo, de que no merezco tu amor, mi adorada Genoveva!

Y pensar esto es morir, querida mía; pensar esto es mil veces peor que morir para un corazón amante y apasionado... Calla... calla... ¡no me digas nada!... ¡Sé que soy culpable pensando estas cosas, sé que soy ingrato... ¡No me reproches, pues!

No obstante, siempre hallabas antes algún consuelo que ofrecerte cuando estaba triste, antes tu voz era siempre dulce y seductora, tus ojos siempre estaban fijos con tierna solicitud en los míos... antes, no retirabas bruscamente tu mano como has hecho ahora...

—¡Niño! dijo Genoveva, tratando de sonreírse para disimular su turbación, ¡no vamos á ser esposos muy en

breve! En el matrimonio, á los arrebatos de la pasión debe suceder un cariño tranquilo y uniforme. Los arranques de un amor insensato no convienen sino á los adolescentes, y á aquellos que no abrigan entera fe respecto al objeto amado! ¿Sientes tú celos hacia tu hermana, y está ella siempre pendiente de tus labios? Pues bien, yo te amo; yo quiero ser amada por tí con el mismo tranquilo afecto que profesas á tu hermana!

Cláudio inclinó la cabeza sobre el pecho y se llevó por segunda vez la mano al corazón; ¡le sentía destrozado! Nunca, nunca jamás había sentido un dolor tan agudo, ni cuando murió su padre, ni cuando perdió á su hermano, ni cuando le acusaron de haber robado la caja, que las penas del amor son superiores á todas las penas de la vida!

En aquel momento, Virginia, por sustraerse á las miradas ardientes de su compañero, apoyó su frente en los hierros del balcón.

Fingía mirar á la calle pero no veía nada, ó más bien, veía, aun sin mirarlos, aquellos dos ojos centelleantes que estaban grabados en su imaginación.

Eugenio se inclinó para ver el objeto que fijaba la atención de Virginia.

—¡Calle! exclamó con ingenua sorpresa. ¿Quién es aquel caballero que está parado debajo del balcón? ¡No me equivoco, es Benavides!

—¡Benavides! dijo Genoveva levantándose y tomando aquel pretexto para separarse de Cláudio.

Asomóse al balcón.

—¡Viene aquí! exclamó Eugenio con celoso despecho. Desde que fué nuestro compañero de viaje se ha convertido en sombra nuestra. ¿Quién le habrá cautivado, los ojos negros de Virginia ó los azules de Genoveva?

En aquel momento un criado apareció en el dintel de la puerta, anunciando al Sr. de Benavides.

Su visita fué muy breve. Eugenio no quiso dejar el balcón y el lado de Virginia. Tan grande había sido el escarmiento causado por su antigua indiferencia, que hasta del aire tenía celos. Cláudio no se movió de su asiento.

Genoveva y Lorenza tuvieron que hacer por entero los honores.

Benavides era un joven del gran mundo y poseía un fino tacto social. Inocentes ó interesantes sus visitas comprendió que en aquel momento era importante y se retiró!

Cuando Genoveva volvió á ocupar su asiento al lado de Cláudio, vió que éste tenía la cabeza caída sobre el pecho y las manos cruzadas sobre las rodillas.

Por un movimiento involuntario cogió una de sus manos. ¡Estaba inundada de lágrimas!

Genoveva se levantó rápida como una centella, echó los brazos alrededor del cuello de su amante, y le estrechó apasionadamente contra su corazón.

Lorenza comprendió por instinto aquella escena: lanzó un grito y se abalanzó hacia ellos.

¡Parecía la sombra de Banco, apareciendo sañuda y terrible en medio de las delicias del festín!

Cláudio sonrió al través de sus lágrimas. Su mirada fija en Genoveva tenía una expresión de alegría sublime; pero una tos seca y cansada levantó su pecho.

Genoveva se estremeció.

—Vamos, dijo ofreciéndole el apoyo de su brazo, vamos á tu estancia. El médico quiere que te recojas temprano y es preciso obedecerle.

Soluciones á la charada que apareció en el número 31 de El Correo, correspondiente al 18 de Agosto por las señoritas D.^a Carmen Sanchez Illan, de San Roque; D.^a Teodora Alfin, de Toledo; D.^a Fernanda Santibañez, de Valencia; D.^a Antonia Mora, de Tuy; D.^a Celestina Pinaque, de Écija; D.^a Josefa Pajol, de Zaragoza; D.^a Carolina Hualcaba, de Santander; y D.^a Gertrudis Romeu, de Barcelona.

AMARTELADO.

CHARADA.

Pepita, tu gracia es tal,
que el sueño siempre me quita;
desde que te ví, Pepita,
luciendo un airoso chal.
Chal de *s guarda y tercera*,
de los más bellos colores
que tejieron los amores
para tí sola, hechicera.

Y también con gracia suma,
cuando fuiste al melonar,
Ver cual al rostro mi *todo*
Me arrojabas por jugar.

ADELINA PASTOR.

Canarias.

ECONOMIA DOMÉSTICA.

No siendo fácil proporcionarse en el campo medios de obsequiar á los viajeros que nos visiten de improviso, bueno será saber el modo de preparar algunas bebidas refrigerantes que nos saquen del apuro.

Las más fáciles de hacer por todos estilos son



19 y 20. Vestido para niña de 3 á 4 años.

las de leche, que en todas partes se encuentra.

Empecemos, pues, por la leche helada.

Se mezclan dos cuartillos de leche fresca con seis onzas de azúcar, un poco de cáscara de limón y otro poco de canela; se deja en maceración por media hora, se cuele después por una servilleta y se hiela del modo ordinario.

SORBETE DE NATA Ó CREMA DE CAFÉ.

En dos litros de nata ó de buena leche se ponen diez yemas de huevo y 125 gramos de azúcar; se añade el aroma que se quiera, ya sea una infusión de vainilla, de café ó de chocolate. Se mezcla bien el todo y se pone en la sorbetera.

Dos onzas de café en polvo bastan para un sorbete de nata de café, y para el de chocolate se necesitan 250 gramos.

SORBETE DE MELOCOTÓN.

Se escogen treinta melocotones bien maduros, se les quita el hueso y cortan en pedazos, se ponen en un cazo á la lumbrera con un cuartillo de agua. Se les da un hervor y se pasan por tamiz, haciendo pasar toda la pulpa, á la cual se reúne una libra de azúcar que se habrá disuelto en agua al fuego, y después de incorporado bien, se deja enfriar y se pone á congelar.

PONCHE DE HUEVOS.

Se prepara echando en un vaso jarabe de ponche y la yema de un huevo; se bate todo junto y se llena después el vaso de agua hirviendo revolviéndolo un poco.



23. Vestido con la espalda plegada.

24. Vestido de dos telas.

FOTOGRAFÍA SOBRE MADERA PARA EL GRABADO.

La superficie de la madera se cubre primeramente con dos ó tres capas de barniz, á fin de llenar los poros de la misma; cubierta la superficie y preparada con un color blanco, análogo á los que se acostumbra á usar para dibujos sobre las maderas, se barniza de nuevo, echándole una solución de gelatina



21 y 22. Paletot para niña.

dorada, formada en las proporciones siguientes: Agua, 30 gramos; gelatina, 0,75 id.; cloruro de sodium, 1,25 id.

Luego se hace sensible por un baño de nitrato de plata de 15 gramos de nitrato por 100 de agua, y se pone la negativa el tiempo necesario para obtener un buen dibujo positivo, que se hace por los procedimientos ordinarios, concluyéndose la operación por un abundante lavado.

Explicacion del figurin 1327.

TRAJES EXPUESTOS POR MAD. VIDAL Y ADMITIDOS EN LA EXPOSICION DE PARÍS.

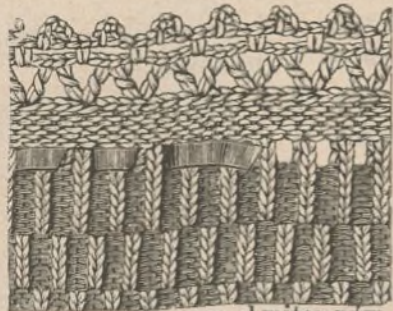
FIG. 1.^a Traje Luis XV. — De seda tornasol, brochado de flores chinas. Este vestido, que requiere un ligero ahuecador, forma traje de corte abriendo sobre un chaleco y paños de delante, guarnecidos de bulloncitos y una quilla plisé. Solapas de seda verde.

Ruche á la vieja alrededor del borde de la cola; camiseta y mangas de encaje; peinado Diana de Poitiers.

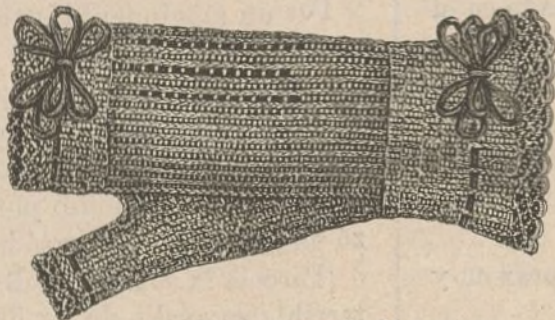
FIG. 2.^a Traje Médicis. — El vestido es de raso, amarillo de oro y raso blanco, brochado, y abre de arriba abajo sobre un delantero de raso blanco, constituyendo su rico

adorno encaje de punto de Alençon y perlas finas. El cuello y las mangas tienen un sello particular de distinción.

El peinado lleva también adorno de perlas. Estos trajes pueden reproducirse en telas de menos precio.



25. Fondo y puntilla para el miton núm. 25.



26. Miton de punto de aguja y crochet. (Véase núm. 25.)



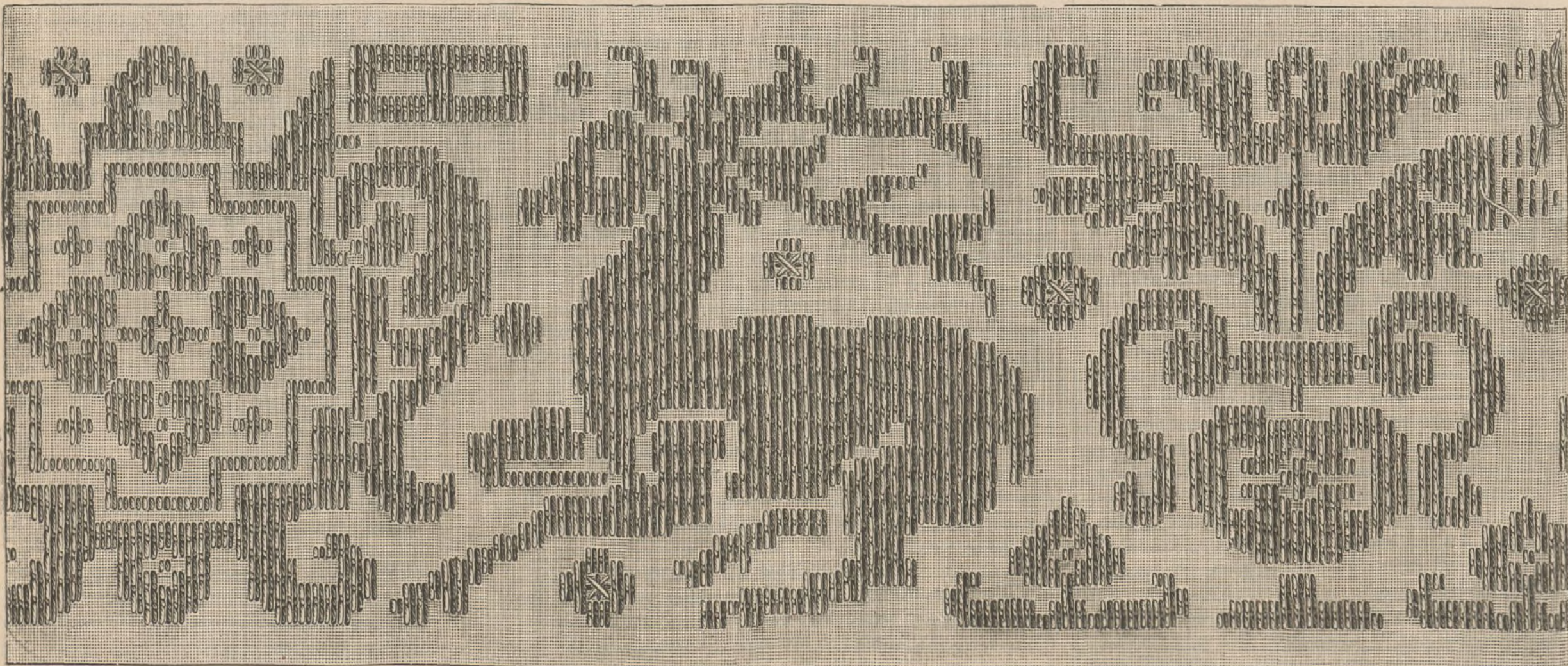
29. Canastilla con cenefa bordada. (Véase el núm. 30.)



28. Fondo de punto de aguja bordado á la cruz para la media de niño núm. 27.



27. Medias de punto de aguja para niño. (Véase núm. 28.)



30. Cenefa bordada á la cruz sobre encaje de hilo para la canastilla núm. 29.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1327, y las de 1.^a, 3.^a y 4.^a el pliego de dibujos para bordados.

Editor-proprietario, Carlos Grassi

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administración: Montera, 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid